

LA MONARQUÍA

DIARIO POLITICO

PRECIOS DE SUSCRICION

AÑO IV

En Ferrol, un mes, una peseta.— Provincias, trimestre, cuatro pesetas.— Ultramar y extranjero, trimestre, nueve pesetas.
La correspondencia se dirigirá al Director del periódico.
No se devuelven originales.

REDACCION Y ADMINISTRACION: MAGDALENA, 190

ANUNCIOS

La línea de una columna en la cuarta plana, cinco céntimos de peseta.— La de dos columnas doce céntimos.— En la tercera plana pagarán el doble.— A los suscritores se les hace una rebaja de un veinticinco por cien.— Comunicados á precios convencionales.

NUM. 743

EL FERROL: Miércoles 1.º de Mayo de 1889

ECONOMIAS EN MARINA

Lo que pasa con la Marina, en la prensa y en la opinión, sería cosa de entregarlo á la más amarga crítica, sino lo viésemos triste en demasía los que escribimos en las capitales de los Departamentos. Nadie se preocupa en el país de esta fuerza del Estado que es totalmente desconocida en su modo de ser y en sus instituciones, ni un periódico de la Corte escribe sobre ella con ningún motivo, y sólo oquedades y futelezas es el fruto que alcanza por parte de los articulistas civiles que alguna vez quieren hacer intervenir sus plumas en estos asuntos. No es aventurado afirmar que, en la prensa de Madrid, las cuestiones marítimas resultan hasta enojosas y molestas para sus redacciones, que no gustan de concederles preferencia alguna y sólo cuando un suceso importante ó un motivo ruidoso lleva á esos hijos de la prensa de la Corte á los Departamentos, ó á los bajeltes, tocando á los marinos de cerca, es cuando se sabe, en la Capital de la Nación, que hay marina, aun cuando sea por la lectura de esos abigarrados y fantásticos escritos de los corresponsales especiales. Y eso que éstos, nunca dejan de asociarse algún oficial de marina á quién piden mucho tecnicismo; pero como el mucho tecnicismo cae en terreno no preparado, resulta que lo que salió tecnicismo de los labios del oficial llega á la redacción de Madrid trocado en otra cosa. Las listas de suscripción para hacer marina, abiertas por los periódicos de Madrid, á la raíz de aquella bullanga que produjo el asunto de las Carolinas, es otro dato significativo para deducir la importancia que en este país español se dá al poderío naval sin embargo de que poseemos muchos y estensos litorales. Por eso mismo cuando, como ahora que de economías se trata, se observan en la prensa de la Corte esas asiduidades á que no nos tiene acostumbrados y esa evidencia de tanta novedad, no podemos por menos de establecer este dilema: ó los periódicos de Madrid sólo saben ocuparse de Marina cuando hay que infligirle mortificaciones, ó los periódicos de Madrid en estos momentos son solamente el receptáculo de apasionamientos privadísimo que provienen acaso de los mismos Cuerpos de la Armada. Si lo primero, la prensa de Madrid no puede ser más injusta tratando las economías como las está tratando, sin antecedentes para ello, desconociendo la idiosincrasia especial de este mecanismo, y olvidando ó ignorando que la sección quinta del presupuesto general del Estado es la única que ha experimentado baja en el período de estos últimos diecinueve años económicos trascurridos, mientras las demás secciones han ensachado prodigiosamente sus gastos; si lo segundo, no sólo encontramos poco correcto que una prensa tan formal y cuyo espíritu no ha de dejar de formar opinión, admita esas rencillas familiares, sino que hallamos deslealísimo que cuando de intereses tan sagrados se trata y está sobre el tapete una cuestión sin resolver, que aun más que á la conveniencia, ataca al esplendor y al crédito del uniforme, exista quien lleve astillas al innoble fuego de la discordia intestina.

Si esos artículos por que pasamos la vista en las columnas de los periódicos madrileños estuviesen dictados por el estudio ó por las excelencias al menos de un buen deseo, nada tendríamos que objetar; pero si en vez del cálculo y del razonamiento prudente, sólo aparece el afán de causar molestia; si en vez de un deseo de ser útil, sólo vemos el deseo de ser caustico; si en vez de un método vemos una maraña, y en vez de conceptos aquilatables, genialidades y represalias ¿qué hemos de hacer sino condolerinos de que la ceguera sea tan honda y tan digna de enojo?

Afán antiguo es en la Marina, quizá más que en otro instituto armado, crear lagos entre sus distintas corporaciones; lagos que no reflejan el espíritu del cuerpo en lo que ésta pasión tiene de virtuosa sino en lo que tiene de vituperable; no en lo que tiene de emulación, sino en lo que tiene de envidia. Esas competencias y esos pujilatos antiguos, que sería muy fácil hacer desaparecer, á poco que se cambiara la actual organización excesivamente centralizadora y absorbente, han dado en diversas ocasiones malísimos resultados al conjunto, de la Armada que debe

ser armónico y no un compuesto de incoherencias. La *Ordenanza económica* de funesta memoria, tantas veces repetida pero tan poco escarmentada, no otra cosa la condujo que esos escarceos pigmeos y dignos de lástima que estamos vituperando. Ha poco, con escándalo de la sensatez y á veces con menoscabo del buen juicio, en periódicos y en folletos, fué la guerra tan cruda que tuvieron que poner mano las autoridades; más hoy en que el peligro ataca á todos; hoy en que se vé inminente la tempestad; hoy en que comenzó el nublado precursor; hoy en que la injerencia de lo civil en lo militar no es un hecho tolerado sino una obligación impuesta; hoy en que, tras los vulgarmente llamados *almirantes de perro chico*, que admitió en su seno la Marina como á la serpiente en el pecho, á se habla en los periódicos de Madrid de Ministros civiles como único medio de arreglar este caos, creemos no solamente antipatriótico sino suicida el sembrar antagonismos y ahondar diferencias por los mismos interesados en tener unión.

LA MONARQUÍA no es sospechosa por que no defiende intereses privados de cuerpo alguno de la Marina, y por el contrario á todos los conceptúa y los respeta; no es sospechosa porque está á distancia de esos pujilatos que anublan á ratos en algunas corporaciones de la Armada el cielo de una buena armonía; pero escrita y apareciendo á luz en un Departamento, comprende y aconseja que á los intereses de la Marina conviene en estos instantes la unión, el silencio y la prudencia.

CUESTION DE APRECIACIONES

(REMITIDO)

Calma, mucha calma se necesita para abordar cuestiones de suyo delicadas, y difíciles en sus mayores detalles sin herir al espíritu antagonico y sin espolear la susceptibilidad de las masas, por temperamento aficionadas á todo lo que á impugnación huele. Entendimiento maduro y experimentado, á la vez que una valentía y convencimiento proverbial requiérense para no incurrir en desagrado de aquellas, que, las más veces y como dice Balmes, pretenden ver centellas estando á oscuras y riquísimas filigranas donde tan sólo se encuentran escuetos pedruscos ó el vacío. La pasión es muy mala consejera; y obligado por tan palmario é irrefragable axioma, prescindir de sus nimiedades y revestiré mis palabras con el magestuoso atavío de la imparcialidad descarnada sin que puedan deformarla ni las increpaciones del culpable ni el agradecimiento de la inocencia, reflejada en los actos del defendido. Ese maridaje ó concupiscencia literaria que autoriza y aun admite como crítico á quién desconoce las más perentorias nociones del arte de discursar y los más vulgares principios de las ciencias morales, amplio campo presentan á la vista del modesto y no presuntuoso escritor para de él sacar exuberantes productos. Muéveme á consignar lo dicho, la hoja volante que el Sr. D. Manuel Panero Martínez, Inspector de escuelas de esta provincia, ha publicado y circulado por esta ciudad, y obligame el cariño que profeso á la madre común, á Galicia. Seré imparcial en este asunto como en todos, pero también seré inexorable y por ende caustico y mordaz con aquellos que confunden el regionalismo con la pasión y el loco amor, y parangonean sus aseveraciones con las intemperancias que un malentendido y acerbo resentimiento aborta al calor del personal latigazo. La dignidad no puede alcanzar sus alas de arminó en el inmundado cieno del resentimiento ni hacer alarde orgullosa de perforar el sólido pedestal que sustenta al coloso. Montesquien ha dicho que el estilo es el hombre, y yo aseguro que el regionalismo es el pueblo; pero nadie asegurará que el estilo es una ilusión y el regionalismo un capricho ó la impugnación sistemática de todo lo ajeno, previo el levantamiento de las propias cualidades y el juicio preferente de todo lo que en una región existe. Por esta causa vereme precisado á formular muy graves acusaciones, con sentimiento no pequeño y amargura incommensurable. Acusaciones que hieren y anonadan á todo buen gallego y de imprescindible confesión en estos desventurados momentos en que el corazón se pone á ello y

se siente sucumbir lacerado por las inspiraciones del alma que le joblega y somete á su potente vasallaje.

Nuestra Galicia, nuestra querida Galicia, encuéntrase invadida por una multitud de publicaciones que, separándose de la misión restauradora y plausible característica al periodismo, lucha en terrenos desconocidos, eligiendo armas impropias del valiente soldado, valiéndose de estratagemas y ardidés denigrantes que, aun cuando al fin y á la postre decidan en su favor la victoria, siempre será una victoria abominable y vergonzosa ó un triunfo precursor de eterno llanto y consecuencia funestísimas. En Galicia no se sabe escribir; se sabe criticar, pero con tan mala suerte que el desabrimiento y la monotonía campan por sus respetos, y esas publicaciones que se colocan en triste parangón con otras ilustradísimas y sensatas que son las más, engriense, como el águila rapante sobre las nubes, y se creen transportadas á las olímpicas regiones del genio ante las que el hombre se prosternará sublimándolas y rindiéndolas un culto idólatrico. Estas publicaciones no conocen la imparcialidad y se llaman satíricas. Si Juvenal resucitase preferiría de nuevo la fúnebre soledad de la tumba al contacto vergonzoso de los que se titulan sus imitadores y que no son otra cosa que juglares de plazuela ó despreocupados mozalvetes cuyos prosélitos vocingleros les adulan y enaltecen para que una vez más se evidencie la violabilidad de la razón puesta al monopolio del capricho y la petulancia. Viene un extranjero, enumera con la más santa intención las enfermedades curables que padece la madre común, indica el remedio que debe emplearse para su curación radical con solicitud inimitable, y éstos, hijos espúreos de la patria, desátanse en impropios contra el bienhechor, el rayo del amor propio ciérnese á la frente del consejero para triturar su honra, manchar su dignidad, ajar su ascendencia, aniquilar su prestigio, acibarar su existencia, minorar su justificación, insultarle y escarnecerle. Y ese extranjero, amante de Galicia, pasa á ser el arlequin de las masas, porque todos nos creamos intalibles y maestros en todo, nada necesitamos del valioso y desinteresado concurso del hermano, conocemos perfectamente lo que hemos de hacer, nada ignoramos, tenemos la ciencia infusa y por lo tanto todo cuanto nos digan nos molesta por impertinente. Pero, no tuvieron en cuenta las publicaciones á que me refiero—y cuyo nombre no hace al caso—que la pasión, que promueve esos espectáculos, nada edificantes, no autoriza para mentir, ni para atribuir el epíteto de mentiroso á quién dice la verdad. Y, sinó véanse los hechos.

El primer artículo que el Sr. Panero transcribe no ha contribuido á que la prensa periódica de la Coruña, mejor dicho, la prensa satírica, se sintiese herida por el acicate de la impugnación. Y, ¿por qué? Porque como él dice es un pálido bosquejo de las bellezas que atesora el territorio gallego. Y, ¿por qué el segundo ha llenado de erosiones su fina y sensible epidemia? Porque dice la verdad; pero una verdad amarga que hace que nuestras mejillas se tiñan con el subido carmín de la vergüenza; porque desde el año de 1881 los más distinguidos escritores gallegos han venido consolidando lo dicho por el Sr. Panero; porque sus acres reprimendas no lograron ser oídas ni alcanzaron la menor resonancia. Y cuando los escritores gallegos hablan, todos enmudecen, no existe una pluma que se atreva á impugnarles, vil sacrilegio es el contradecirles. La inmortal Rosalía en sus «Orillas del Sar» formula la queja más amarga de Galicia; todos los poetas sin excepción truenan y fulminan la espada de la regeneración contra las enfermedades que padece la madre común.

Ojea nos coloca aún más allá de las errantes tribus africanas y de los pueblos de la América primitiva; los que se relacionan con la ciencia agrícola, evidencian de una manera palmaria que el trabajador es repulso á toda reforma, todas las plumas condenan con amargos lamentos la emigración porque ven nuestras fértiles vegas yermas y cultivadas por mujeres, cuyos trabajos infructuosos y rutinarios contristan el alma y cercenan los vuelos rápidos de la inteligencia agrícola. Y en tanto los gallegos asenti-

mos á lo que los gallegos dicen; repudiamos con avilantez incalculable lo que el ajeno repite. Cuando no hubo una pluma que se levantara contra los primeros, decenas de oficinas se levantan contra el 2.º... ¡Triste y efímera condición la nuestra!

Pero, no es esto solo. Esas publicaciones que de manera tan sañuda enarbolan la bandera del exterminio contra el señor Panero, esas mismas publicaciones, repito alabaron grandemente á otros escritores, que fundados en las mismas tristísimas verdades y sin echar mano de sugestionos fantásticas, llamaron á Galicia mina sin explotar, viéndose los riquísimos tesoros que su fértil terreno oculta relegados al más estupendo olvido. La culta Cataluña estános dando la más elocuente lección. Allí la exhuberancia vegetal preséntase en los más áridos terrenos, y aquí, el abandono evidenciase en las extensas porciones de terreno inculto y en las vertientes y valladares yermos que deberían estar cubiertos de viñas ó de otros elementos de producción. Aquí se trabaja por imitación y sin inteligencia: lo he dicho en el año de 1884 y hoy lo repito, después de cinco años, porque habiendo nacido en una aldea y pasado allí la mayor parte de mi vida, ocasión tuve para observarlo. Mas no es esto lo que les ha dolido á las publicaciones aludidas.

Aseguran que el señor Panero ha dicho que los gallegos son unos borrachos y las gallegas unas traviatas. Cinismo grande se necesita para proparar semejantes aseveraciones y descaro sin igual para afirmarlas.

La mayor parte de los periódicos que eso dicen protestan conscientemente contra lo que á diario aseguran en sus columnas. Promuévese un escándalo, ellos son los primeros en decir que el zumo de la uva fué el inspirador; existe un altercado, ya no se paran en barras para señalar la causa en los toneles; tiene lugar en cualquier romería una lluvia de garrotazos, pues aquí del vino. Y de esta manera van llenando sus columnas de modo tan edificante que dentro de poco tiempo van á crear los extraños que toda Galicia es una cuba y los gallegos catarvinos. Pero este concepto erróneo no lo ha propalado el señor Panero. La cualidad de los vinos, mala en extremo, lo mismo que la de los licores, por las adulteraciones que experimentan, contribuye poderosamente á que se vean y presencien lamentables espectáculos. Y sin embargo de esto, los de las clases menos acomodadas de la sociedad acostumbran á desayunarse con bebidas inoculándose en ellos la afición. Pero ¿por ser aficionados ya son borrachos? Desde luego podemos asegurar, si esto sucede, que el que no guste pasar sin vino á la comida, es sin disputa un borracho. ¡Buen modo de filosofar y peregrina manera de discursar!... Y esas publicaciones ¿por qué no protestan, antes de censurar el señor Panero, de lo que á diario vienen diciendo?...

Otra cuestión. ¿Si la abundancia de hijos naturales es un defecto imperdonable, por qué antes no se anatematizan los estados que mensualmente publican los Boletines oficiales? ¿Por qué han de considerarse á las mujeres solteras de Galicia como unas traviatas, cuando son fáciles y muy fáciles de observar las verdades que aquellos publican?... Lo que deberían hacer aquellos periódicos, era, velar por la moralidad y contribuir al unísono con sus fuerzas para poner coto á semejantes males no inculcando á quién con la mejor intención señala la enfermedad y la medicina. Vergüenza y mil veces vergüenza! El hecho de venir clamando continuamente en pró de la extirpación de estos males, los mejores escritores gallegos, prueba de un modo convincente la incuria y el marasmo que existe, no sólo entre los labradores gallegos, si que también entre los mismos que se titulan detensores de la madre común. Antes que impugnadores somos gallegos y aunando los esfuerzos podremos hacer mucho, y de este modo nos veremos libres de los tristes lamentos que exhalan nuestros hermanos y de que propios y extraños con más patriotismo que nosotros, aunque con menor pasión, nos señalen el camino que debemos seguir.

Cuando se censura una verdad, la ridiculez es nuestro premio y el desdén los frutos que obtenemos. Demos la razón á quién la tenga y al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios, y de esta manera nos vere-

